

Que en ser comb son traidores
Gran ánimo le ponía,
Y que tiene confianza
De vencer en aquel día,
O se desdirán en campo
De maldad tan conocida.
Cuando los Infantes vieron
Qu'el caballero decía
Que habian dicho maldad
De quien culpa no tenía.
Demandaron tiempo al Rey
De lo que responderian.
Fuéronse á un monesterio
De monjes de santa vida:
Descubrieron su maldad,
Diciendo que ellos mentian,
Y que la Reina era buena,
Y que perdon le pedian.
Cuando lo supiera el Rey,
Tomó muy grande alegría,
Que amaba mucho á la Reina,
Y en extremo la quería.
Mandóla luego traer
Con muy gran caballería.
Quiso saber luego el Rey
Qué caballero sería
El que defendió la Reina
De tan gran alevosía
Como le habian levantado
Don Fernando y Don Garcia.
Don Ramiro se descubre
Ante la caballería,
Que como venia armado,
No sabian quién sería.
Besó las manos al Rey,
Y á la Reina se arrodilla.
Al Rey habló en alta voz,
D'esta manera decía:
—El que deshonra á su padre
Ved qué suerte merecía;
Y el buen hijo que le honra
Cuánto el padre le debía.—
Respondió luego la Reina,
D'esta suerte proseguía:
—Desheredo yo á mis hijos
De aquello que dar podía,
Y heredo á Don Ramiro,
Pues tan bien lo merecía;
Pues como hijo verdadero
Reparó la honra mía.
Dóile el reino de Aragon
Para despues de mi vida.—
Luego el Rey hizo lo mismo,
Porque mucho le quería.
Así fué rey Don Ramiro,
Por su bondad y valía,
De los reinos de Aragon,
Dónde mucho le querían.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

⁴ Romance reimpresso por el señor Wolf, que parece de Timoneda. Es muy inferior al que le precede, atribuido á Sepúlveda.

4218.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva⁴.)

Vuelto que fué el rey Don Sancho,
Qu'el Tembloso se llamaba,
De conquistar á los moros
Que tenían opresa á España,
Volvia rico y victorioso
De la sangrienta batalla:
La fortuna rigurosa
Que á los mortales contrasta,
Y jamas su veloz rueda
En un lugar lijo para,

Este subido contento
Del Rey, esta hourosa palma
Que ganó en vencer los moros,
Mezcló con dolor é infamia.
Y fué que luego que vino
De su próspera jornada,
Don Garcia y Don Fernando,
Sus dos hijos, que dejaba
Para consolar su madre,
Que por su ausencia quedaba
Deshecha en ardiente llanto,
Afligida y lastimada;
Los cuales, siendo movidos
Por una causa liviana
Que no quiso concedelles
La Reina, del Rey mandada,
Conjurados contra ella,
Una horrible maldad tratan,
Contra el amor que los hijos
Deben al padre, y Dios manda.
De todo aquesto olvidados,
Ciegos de ciega ignorancia,
Luego que el Rey fué presente
Tratan su traicion infanda
Contra la Reina su madre,
Que libre y sin culpa estaba
De la falsa acusacion
Que los hijos le acusaban
Ante el Rey, d'ella diciendo.
Qu'era adúltera, y que estaba
El adúltero con ella,
Y vivia dentro en su casa,
Pues era su mayordomo
El que á todos afrentaba.
Esto decía Don Garcia,
Don Fernando lo afirmaba,
Persuadido del hermano
Para el hecho que intentaba
De dar á la madre muerte
Sin haber razon ni causa.
El Rey se admira y se turba,
Tiembla, no habla palabra,
Esfuérzase y va á hablalles,
Y en queriendo hablar, se para.
Torna á revolver sobre ellos,
Suspira, llora y exclama;
Tienta un modo, y tienta otro,
Duda sin saber qué haga:
Suspense está y admirado
De ver cosa tan extraña:
No sabe si crea á sus hijos,
Ni si absuelva á la culpada
Conociendo sus costumbres
Y su vida honesta y santa,
Su continua caridad,
Sus ayunos, sus plegarias;
Que consideradas bien
Todas estas circunstancias.
Le ponen en confusion,
Le suspenden y embarazan
De tal suerte, que perplejo
No sabe á qué parte vaya,
Si á creer á los que acusan,
Si á perdonar la acusada.
Admirale que los hijos
Contra la madre demandan:
Dale sospecha y temor,
Y creyéndoles, dudaba.
En estas dificultades,
Viendo la duda en que estaba,
Manda que prendan los hijos
Hasta ver la verdad clara.
Puso á la Reina en prisiones
Con grandes guardas guardada,
En Nájera, en una fuerza:
Para hacer la probanza
Señaló luego los jueces
Que por él sigan la causa;
Hácese parte en aquesto,

Y justicia les demanda:
Sométese á su sentencia,
Y á su justicia lo encarga.
Los jueces conmovidos
De una causa tan pesada,
Comienzan su informacion
Con gran cuenta y vigilancia.
Inquieren por todas vias;
Prenden á unos, á otros llaman;
A unos piden por apremio,
A otros ruegan y halagan.
Con grande solicitud
Los jueces procuraban
Mas testigos que los hijos,
Y como ninguno hallan
Mas que los hijos, no saben
En tal confusion qué hagan,
Porque son calificados
Y hijos los que juraban,
Y no hallando descargo
De la Reina, sentenciaban
Que como adúltera muera
Al vivo fuego entregada,
Si no hubiese caballero
Que sustente con la espada
Contra los acusadores
No deber la Reina nada;
Y que si lo hubiere, sea
La Reina del crimen salva,
Con qu'el que saliere mate
A los dos en estacada.
Notifican á la Reina
La sentencia pronunciada;
Consíentela, convencida
De aquella acusacion falsa,
No debiendo su inocencia
La muerte á qu'es condenada:
Y así, triste y temerosa,
El fin duro y triste aguarda
Sin tener otro consuelo
Sino entender que está salva.
Don Ramiro, habiendo oido
Que la Reina es condenada,
Como noble caballero,
Viendo ser maldad probada,
Y como hijo del Rey,
De quien la Reina es madrastra,
Lastimado de tal hecho
Se pone, y dice en voz alta:
—Yo respondo por la Reina,
Y digo qu'es sentenciada

Falsamente, y que á sus hijos
Sustentaré con la espada
Que no es verdad lo que dicen
De su madre, en esta causa;
Y así me señalo en ella,
Y les aplazo batalla,
Do les haré conocer
Ser la Reina en esto salva,
Y ellos ser los alevosos,
Y ella sin culpa culpada.—
Esto dijo Don Ramiro,
Y al punto se fué y se arma.
Vánselo á notificar
Luego á los dos que acusaban,
Que sustenten lo que han dicho
Con el que los reta y llama
De falsos acusadores,
Y que ya en el campo aguarda.
Dieron los dos por respuesta,
Recelando tal hazaña,
Que no es bien contra su hermano
En campo tomar las armas.
D'esta respuesta entendieron
Qu'era falsa su demanda,
Y así entró luego por medio
Un monje santo qu'estaba
Allí en Nájera, y dió orden
Que la lid fuese estorbada,
Y que los hijos viniesen
Do la madre el fin aguarda,
Y le pidiesen perdon;
Lo cual hecho al punto, manda
La Reina que Don Ramiro,
Por empresa tan honrada,
Fuese conde de Aragon,
Y toda su parte dada,
Desheredando á los hijos,
Porque d'ellos fué acusada.

(CUEVA, *Coro Febco*.)

⁴ En los tiempos caballerescos debió repetirse frecuentemente la situacion que se cuenta en este romance. Apénas hay un libro de caballería, apénas un poema de este género, donde no se halle alguna dama falsamente acusada de adulterio y defendida por caballeros leales. En las *Guerras de Granada*, de Perez de Hita, se ve la Sultana acusada por los Cegries y libertada por cuatro cristianos de los mas famosos jefes del campo de los Reyes Católicos; el Ariosto en su *Orlando*, Voltaire en su *Doncella de Orleans*, y hasta el ascético autor de la *Vida de santa Genoveva*, se aprovechan de esta situacion sentimental, tomada de las tradiciones feudales. Con estos recuerdos y bellos modelos bien pudiera Juan de la Cueva haber hecho un romance mas caliente y de mejor gusto que el que hizo.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES HISTÓRICAS DEL REINO DE ARAGON.

4219.

ELECCION DE RAMIRO EL MONJE PARA REY DE ARAGON.

(Anónimo⁴.)

Navarros y aragoneses
Grandes debates tenian
Porque rey les ha faltado
Y muchos serlo querian.
Précianse de ser leales
Y en ello no consentian,
Que no quieren tomar rey
Sino al que lo merecía,
Y que fuese de la sangre
Que de reyes descendía.
Monje era Don Ramiro,
Santo y de muy buena vida,
Hermano del rey Alfonso,

Que ya difunto yacía.
Sácanlo del monasterio,
Aunque á él no le placía:
A Huesca lo habian llevado,
Por rey alzado lo habian.
Fué venturoso en batallas,
Ninguna d'ellas perdía,
Fué de los suyos amado,
Con ellos su haber partía.
En la batalla primera
Que con los moros había,
Sus caballeros le armaron
De fresca y fuerte loriga.
Cabalgara en su caballo,
El escudo le ponian
En el su brazo siniestro,
Y la espada sin vaina

Le ponían en el derecho,
Y los suyos le decían:
Las riendas tomad, señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo,
Y ferid en la morisma.—
El Rey, como sabe poco,
Luego allí les respondía:
—Con esa tengo el escudo,
Tencillas yo no podría,
Ponédmelas en la boca,
Que sin embarazo iba.—
Los suyos hicieron luego
Aquello que el Rey pedía;
Así entrara en la batalla,
Muchos moros muerto había.
Salió rey muy esforzado,
Muchas tierras congueria,
Dejado había su reino
Y tornóse á su monja.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1220.

AL MISMO ASUNTO.
(Anónimo.)

—Deo gracias, devotos padres,
Dadnos al monje Ramiro,
Que su hermano el rey Alfonso
Ha fallecido sin hijos.
Navarros y aragoneses
Traen entre sí homecillo,
Que si no es de real sangre,
No quieren otro caudillo.
Cada cual pretende el reino,
Y á Dios hará mas servicio
En pacificar sus tierras
Que en el ser monje benito.—
El buen Ramiro se excusa;
Mas razon no le ha valido,
Que vence necesidad
Que de ley ha carecido.
Sácanlo del monasterio,
Sin ser de nadie impedido:
Llévanlo á jurar á Huesca,
Y por rey lo han elegido.
Deseoso está el buen Rey
Por ejercitar su oficio
De capitán valeroso
Contra el morismo gentío.
Mandó juntar muchas faces,
Y acompañales el mismo,
Pretendiendo en la batalla
Ser á todos preferido.
Al subir en el caballo,
Que la espada se ha ceñido,
Sacándola de la vaina,
De aquesta suerte había dicho:
—Si la espada ha de envainarse
En sangre del enemigo,
Vaya desnuda en la mano,
No tenga tiempo perdido.
Rienda y escudo no pueden
Ser de una mano regidos,
Porque no tengan estorbos
Vayan por sí divididos.—
Tomó la rienda en la boca,
Y el escudo apercebido,
Metióse así en la batalla,
Siendo de todos temido.

(Romancero general.)

1221.

LA CAMPANA DE HUESCA.
(Anónimo.)

Don Ramiro de Aragon,
El rey Monje que llamaban,

Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban,
Qu'era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Envió ha un mensajero
Al monje que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
Y al Abad le da una carta.
El Abad no le responde;
En la huerta solo entraba
El mensajero con él,
Que respuesta le demanda.
El Abad le despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo,
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero,
Mal contento se tornaba.
Como fué llegado al Rey,
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, Rey,
Que el monje no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta;
Creo que de vos burlaba:
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo,
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones,
El Rey las disimulara:
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Cortes,
A Cortes que celebraba:
Dice que hacer queria
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades d'esto gran risa;
Los grandes d'ello mofaban.
En esa ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban:
Llamó un día á los señores,
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando, todos ellos
Viéronse entre gente de armas;
Mandó cortar las cabezas
A los que mas se burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonara.
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala:
Dijoles que eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenían en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo,
Y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el Monje
Con el son d'esta campana.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.
Edición de 1566.)

El asunto de este romance ha servido para hacer varias comedias á los poetas de siglo XVII, y se ha tomado de un cuento sanscrito, ó quizá de la experiencia histórica que en circunstancias dadas ha hecho necesario usar de medios tan duros para restablecer la autoridad atropellada por la anarquía y el antagonismo de poderes rivales. La tradición refiere que conforme se cortaban las cabezas de los grandes, las hacía

el Rey colocar de modo que formasen la figura de una campana, y luego que estuvo ya formada, hizo entrar al obispo de Zaragoza, y le preguntó que si le parecía completa la obra. Este lleno de terror y pronosticando la suerte que le esperaba, dijo al Rey, que ningun requisito faltaba; mas el Rey le dijo: Si que le falta algo, y esto es el badajo, y para suplirlo destino tu cabeza. Dicho esto mandó al sayon que se la cortase, y así se ejecutó.

1222.

AL MISMO ASUNTO.
(Anónimo.)

Don Ramiro de Aragon,
El rey Monje que llamaban,
Caballeros de su reino
Mucho lo menospreciaban:
Porque era manso y humilde
Y no sabidor en armas,
Muchos se burlaban d'él
Y su mandar no guardaban.
Sintiéndose deshonrado,
Un mensajero enviara
Al abad de Santo Ponce,
Que fué el que le criara,
Para que le dé consejo,
Que ninguno le acataba.
El Abad, que sabio era,
Al mensajero tomara:
Metióle dentro una huerta,
Y sin decirle palabra,
Afilado un cuchillito,
Las ramas altas cortaba,
Aquellas que eran mayores,
Que á otras sobrepujaban.
Dijole que se volviese,
Que mas respuesta no daba.
El mensajero sañoso
Al Rey así lo contara,
Cómo el abad de San Ponce
De su carta no curaba.
El Rey bien pensó en aquello,
Que tal respuesta le daba:
Luego hizo llamamiento,
So pena de la su saña,
Que cualquier hombre de estima
Venga luego á la su sala,
Porque determina hacer
Una muy rica campana,
Que se oiga por todo el reino
Y sonase en toda España.
Venidos los ricos hombres,
Se reían y burlaban
Del, y de aquel apellido,
Para lo cual los llamaba;
Y siendo allí todos juntos,
Uno á uno los tomara,
Y en un secreto aposento
Cuerdamente los entrara,
Do cortó quince cabezas,
Que eran las mas estimadas,
Y mostrólas á los hijos
Que á sus padres aguardaban,
Diciendo haría lo mismo
De cuantos no le acataban.
Así fué temido el Monje
Con el son de la campana.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. Wolf, *Rosa de romances*.)

¶ Parece ser el mismo de Sepúlveda que le precede; pero remendado y reformado por Timoneda.

1223.

RAMIRO EL MONJE CASTIGA Á LOS GRANDES
QUE DE ÉL SE BURLABAN.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Don Ramiro de Aragon,
En un monasterio estauado,

Fraille profeso y de misa,
Fué para rey dél sacado,
Por ser á quien por derecho
De Aragon venía el estado:
El cual, como no tuviese
Práctica de cortesano,
Y en el hábito y lenguaje
Para rey faltase en algo,
En sus cosas procediendo
Con celo piadoso y santo,
Aunque diversas batallas
Venció de moros en campo,
Haciendo por su persona
En ellos notable estrago,
Todos los grandes del reino
Andaban del disgustados,
Haciendo algunos donaire,
Sin poder disimularlo.
Llegó el desacato á extremo
Que vino el Rey á notarlo,
De que se salió corrido,
Sin saber cómo atajarlo;
Y estando un día á los moros
Opuesto con grueso campo
Para darles la batalla,
Fué por los suyos armado,
Y encomendándose á Dios,
Subió en un caballo bayo.
Pusiéronle un limpio escudo
Al Rey en la izquierda mano,
Y á la derecha la espada,
La rienda suelta dejando.
Preguntó el Rey: —Esta rienda
¿Dónde ha de ir? Ha de ir colgando?
Respondieron que su puesto
Era la siniestra mano.
—Con esa tengo el escudo,
Dijo el Rey con rostro manso;
Mas ponédmela en la boca,
Y ellos la rienda tomando,
Lo hicieron luego así,
A risa moviendo el campo.
El Rey la cogió en los dientes,
Y venciendo en breve espacio
Su inocencia la batalla,
Volvió á su real ufano.
Cuando despues advirtió
La ruindad de sus vasallos,
Estando en Huesca de asiento,
Hizo de los mas granados
Meter once en un corral
Con secreto, y degollarlos,
Y llamando á los demas
De alguna culpa en el trato,
Les dice con grande risa,
¡Nunca risa costó tanto!
—¿Veis cómo ya no se rien
Estos de reirse hartos?—
Quedó de castigo tal
Todo el reino amedrentado;
Fué Don Ramiro despues
Muy temido y respetado;
Que no es justo haga burla
De su rey ningun vasallo.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

¶ Hay una tradición de que este Ramiro fué fraile, abad, sacerdote, rey, y casado.

1224.

DE CÓMO EL REY DON JAIME EL CONQUISTADOR
FUÉ ENGENDRADO Y NACIDO.

(Anónimo.)

Angustiada está la Reina,
Y no sin mucha razon,
Porque su marido el rey
Don Pedro, rey de Aragon,

No hacia caso de ella
Mas que si fuera varon,
Ni le pagaba la deuda
Que tenia obligacion;
Antes con muchas mujeres
Era su delectacion.
Lo que mas la fatigaba
Y le daba mas pasion,
No era por el deleite
De la tal conversacion,
Sino que de su marido
No tenia generacion,
Para gobernar el reino
Sin ninguna division,
Porque muerto el Rey, se espera
En su reino confusion.
Contempla la noble Reina
La revuelta y turbacion
Que podia padecer
Cataluña y Aragon.
Vuelto los ojos al cielo
Con muy grande devocion,
Suplicaba á Jesucristo
Por su sagrada pasion,
Que á su señor y marido
Le pusiese en corazon
Que se juntase con ella
Con sana y limpia intencion.
No dejaba monesterios
Ni casa de religion
En que no mandase hacer
Cada dia oracion.
Estando la noble Reina
Con esta santa opinion,
Vinole al pensamiento
Una loable invencion,
Y es, que supo por muy cierto
Y por vera relacion,
Qu'el Rey era enamorado,
Que amaba de corazon
Una dama muy hermosa
De gentil disposicion.
Habló con el camarero,
Sin aguardar mas razon,
Que al Rey solia servir
En esta negociacion:
—Si me tienes muy secreta,
De mí habrás buen galardón:
Tú has de dar á entender
Al Rey con gran discrecion,
Que esa dama á quien él sirve
Verná sin mas dilacion
A dormir con su Alteza;
Mas con esta condicion,
Que en la pieza no haya lumbre,
Para mas reputacion.—
Concertada con el Rey
Aquesta visitacion,
La Reina vino á la noche,
Y tuvo recreacion
Con el Rey á su placer
Con gran disimulacion.
El Rey, cuando vió qu'el dia
Venia sin detencion,
Por cumplir con su palabra
Que otorgó, á la exclamacion
Dijo: —Señora, levanta,
Vete en paz, pues hay razon.—
La Reina entonces le dijo:
—No soy la que pensais, no:
Sabed que con vuestra mujer
Tuvistes conversacion.
Vos hacedme bien ó mal,
Que yo testificacion
Quiero que haya d'esto en hombres
De fe, de cómo en union
Nos han visto á los dos juntos,
Y d'esto os pido perdon.—
El Rey tomó aquel engaño

Como cuerdo y buen varon:
Llamó dos hombres de salva
Por dar cabo á su opinion.
En fin, que la Reina hizo
Entónces buena oracion,
Que de la burla preñada
Quedó de un lindo garzon,
El cual nacido, Don Jaime
Se llama, y dió bendicion;
Este fué rey tan nombrado,
Rey Don Jaime de Aragon:
Este ganó á Valencia,
Mallorca y su poblacion.

(TIMONEDA, *Rosa gentil*. — II. WOLF, *Rosa de romances*.)

* El romance debe de ser de los que escribió Timoneda ó algun otro de aquellos poetas que versificaban los hechos citados en las crónicas. La de Muntaner refiere este, que acaso es fabuloso, pues la astucia de que se valió la Reina se parece mucho á lo que se cuenta en varias novelas de los troveras franceses é italianos que de tradiciones orientales las aceptaron.

1225.

DE UN MILAGRO QUE HIZO SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo ya sujetado
A Mallorca el rey Don Jaime
Y puéstola en su corona
Con propicio y diestro Marte,
Llevara cerca de sí
Aquel varon santo, afable,
Que instigó en la fundacion
De la orden del rescate,
Aquel glorioso Raimundo
De vida ejemplar, constante,
Con quien el Rey conferia
Su conciencia y casos graves;
Mas como estamos los hombres,
Por nuestras miserias grandes,
Sujetos á la flaqueza
Y estímulos de la carne,
Llevaba el famoso Rey
De belleza inexplicable
Una gallarda mujer,
Discreta en grado notable.
Cuidadoso el varon santo
D'este misero contraste,
Le amonestó varias veces
Con razones eficaces;
Pero como el desengaño
Odiosos efectos hace,
Y son tan aborrecibles
De ordinario las verdades,
Aunque el Rey las conocia,
No trataba de enmendarse,
Que la costumbre en los vicios
Es un daño irreparable.
Visto el poco ó ningun gusto
Que de sus cuidados sale,
De su ayuno y oraciones,
De sus azotes y afanes,
Echa sobre sí las culpas,
Diciendo que por su parte
Sus deméritos impiden
Los efectos saludables;
Y así con lágrimas tiernas
Pidió al Rey que le dejase
Volverse á su monesterio,
Y le diese en que embarcarse,
Que pues de una sola oveja
Tan mala cuenta dar sabe,
Y se le despeña y mete
Del lobo por el gaxnate,
Y entre las zarzas del vicio
Deja el vellon y la sangre,
Que otro pastor mas dichoso

Busque que d'ella se encargue.
Visto el Rey su santo celo,
Quiso impedir su viaje,
Mandando so graves penas
Que no le embarcase nadie,
Por parecerle que en todo
Le hiciera falta notable;
Que suele Dios por un justo
Dejar el rigor aparte.
Mas el prudente varon
A la marina se sale,
Poniendo sus esperanzas
Adonde el consuelo nace,
Y dando entrambas rodillas
Al suelo, y manos al aire,
Hizo una breve oracion,
Acepta cuanto agradable.
Levantóse, y de sus hombros
Quitó el dichoso ropaje,
Lleno de santos misterios
Y secretos celestiales,
Y tendiéndole en las ondas
En lugar de barca ó nave,
Se puso de piés en él,
Con lágrimas abundantes
En altas voces diciendo:
—Tú, Señor, domas los mares,
Y tienes en cielo y tierra
Sin limite potestades,
De cuya inmensa bondad
Mis esperanzas se valen,
Sin temor qu'el mar soberbio
En nada me ofenda ó dañe:
Bien sabes, Señor, mi celo,
Como mis defectos sabes;
Mas eres al fin mi Dios;
Yo un gusano miserable.—
Calló, y sobre el manto puso
Su escapulario y su llave,
Que con el báculo fueron
Arbol, vela y gobernalle.
D'esta suerte se engolfó;
Queriendo el Señor mostrarle
Serle acepta su demanda
Y sus obras agradables,
Mandando que el mar furioso
Se le humille y avasalle,
Y que las inquietas ondas
En sus hombros le levanten,
Queriendo tambien mostrar
Que sus siervos han de honrarse
No solo en el otro mundo,
Sino en este miserable.
Y en espacio breve y corto
Fué servido que aportase
A la insigne Barcelona
Con admiracion notable;
Resó la arena húmilmente;
Y por mercedes tan grandes
Rinde las gracias al cielo,
Y á su monasterio vase.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.— II. *Romancero general*.)

1226.

MARTINEZ DE BOLEA LIBRA Á ALFONSO III DE ARAGON DEL COMPROMISO DE ENTREGAR Á CALATAYUD Á SANCHO IV DE CASTILLA.

(Anónimo.)

El camarero real,
El Horacio de Aragon,
El defensor de su patria
Y de su rey defensor;
El famoso de Bolea,
Que el vivir menospreció,
Porque de su patria y rey

T. XVI.

Fuese en aumento el honor,
Viéndolos tan apretados,
Un alto medio eligió;
Que el fiel vasallo no duerme
Cuando vela su señor.
Cartas pide de creencia
A su rey, con que partió
Con diligencia á Castilla,
A cuyo rey prometió,
Sin que el de Aragon supiese
La traza y disposicion
Mas sutil, alta y loable
Que humano ingenio alcanzó.
De darle á Calatayud
Y su tierra le ofreció,
Si la guerra suspendia
Y su sangriento rigor;
Mientras su rey componia
La furia y conspiracion
Del frances y de otros reyes
Que le daban sinsabor,
Pareciéndole Castilla
Era el contraste mayor
Para sus altos designios,
Y así á lo fuerte ocurrió,
Con intento de evitar,
Como en efecto evitó
De su rey y de su patria
La visible perdicion.
Quiso, arriesgando su vida,
Adquirir eterno loor,
En quien la precisa muerte
No tiene jurisdiccion.
Admitiólo el de Castilla,
Y la gente derramó,
Celebrando la victoria
Que tan sin sangre creyó,
Por el alto medio y traza
D'este singular varon,
Sin la cual lanza ni espada
Fueran de poco valor,
Pues esta debe estimarse,
Y aun tenerse por mayor,
Porque la que sangre cuesta
No es de tanta perfeccion.
Vuelto el de Aragon con muchas
Que con su esfuerzo adquirió,
Que le cumpla lo asentado
El de Castilla escribió.
El Rey, que inocente estaba
Del trato, al punto llamó
A aquel valeroso Codro
Que á su reino y á él libró;
Y sabida la alta traza
Y el celo con que se dió,
La alabó segun pedia,
Y al mundo y reino admiró.
Pero pesóle en el alma
Que para salvar su honor
Hubiese de ir á Castilla
A dar la satisfaccion;
Que del indignado Rey
Contra tal varon, temió
Algun sangriento castigo
Y dura resolucion.
No lo rehusó este Carcio;
Mas nuevas fuerzas sacó
Del apremio de su suerte,
Que es de la virtud crisol.
Llegó á Castilla, y oida
Por Don Sancho su razon,
En vez de muerte y oprobio,
Con alabanzas le dió
Bellas y ricas preseas,
Diciendo: —Si como vos
Tiene el Rey otro vasallo,
Hartos para un rey son dos.

(Romancero general.)

11

1227.

ALFONSO V DE ARAGON CONTEMPLA, CODICIOSO DE ELLA,
LA CIUDAD DE NÁPOLES DESDE CAMPOVIEJO.(Anónimo ¹.)

Miraba de Campoviejo
El rey de Aragon un día,
Miraba la mar de España
Cómo menguaba y crecía;
Miraba naos y galeras,
Que unas van y otras venían;
Unas venían armadas,
Otras con mercadería;
Unas van la vía de Flándes,
Otras las de Lombardia.
Esas que venían de guerra
; Oh cuán bien que parecían!
Miraba la gran ciudad
Que Nápoles se decía;
Miraba los tres castillos
Que la gran ciudad tenía:
Castelnovo y Capitana,

San Telmo, que relucía;
Aquese relumbra entre ellos
Como el sol á mediodía.
Lloraba de los sus ojos,
De la su boca decía:
—; Oh ciudad, cuánto me cuestas
Por la gran desdicha mía!
Cuéstasme duques y condes,
Hombres de muy gran valía;
Cuéstasme un tal hermano,
Que por hijo le tenía;
D'esotra parte menuda
Cuento ni par no tenía;
Cuéstasme ventidos años,
Los mejores de mi vida;
Que en tí me nacieron barbas,
Y en tí las encanecía.

(Cancionero de romances.— It. Silva de varios romances.)

¹ Es el mismo, pero mas completo que el del Cancionero de romances.SECCION DE ROMANCES REFERENTES A LA HISTORIA Y TRADICIONES
DEL CONDADO DE CATALUÑA.

1228.

EL CONDE DE BARCELONA Y LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

(Anónimo ¹.)

En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecía
Este conde Don Ramon,
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande,
Que por suya la tenía,
Nuevas ciertas de dolor
De un extranjero sabía,
Que allá en Alemania
Grande llanto se hacía
Por la noble Emperatriz
Que en virtud resplandecía,
Que dos malos caballeros
La acusan de alevosía
Ante el gran Emperador
Que mas que á sí la quería,
Diciendo:—Sepa tu Alteza,
Gran señor, si te placía,
Que nosotros hemos visto
A la Emperatriz un día
Hogar con su camarero,
No mirando que hacía
Traición á tí, señor,
Y á su gran genealogía.—
L'Emperador muy turbado
D'esta suerte respondía:
—Si es verdad, caballeros,
Esa tan gran villanía,
Yo haré un tal castigo
Cual conviene á la honra mía.—
Mandóla luego prender
Y en prisiones la ponía,
Hasta ser cumplido el plazo
Que la ley le disponía.
Búscanse dos caballeros
Que defiendan la su vida
Contra los acusadores,
Que en el campo se vería
La justicia cuya era,
Y á quién Dios favorecía.
Pues sabido por el Conde
La nueva tan dolorida,
Determina de partir

A librarla si podía
Con no mas de un escudero,
De quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
Sin parar noche ni día,
Llegado es á las Cortes
Que el Emperador tenía
Para dar la gran sentencia
De allí al tercero día
De quemar l'Emperatriz,
; Cosa de muy gran mancilla!
Pues no había caballero
En tan gran caballería
Que por una tal señora
Quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores
De gran suerte y gran valía.
Pues el Conde ya llegado,
Preguntó si ser podría
Hablar con la Emperatriz
Por cosa que le cumplía.
Supo que ninguno entraba
Do estaba su Señoría,
Sino es su confesor,
Fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,
D'esta suerte le decía:
—Padre, yo soy extranjero;
De lejas tierras venía
A librar, si Dios quisiese,
O morir en tal porfía,
A la gran Emperatriz
Que sin culpa yo creía;
Mas primero, si es posible,
Gran descanso me sería
Hablar con su Majestad,
Si esto hacerse podía.
—Yo daré orden, señor,
El buen fraile respondía:
Tomará vuestra merced
Hábito que yo tenía,
Y vestirse ha como fraile
Y irá en mi compañía.—
Ya se parte el buen Conde
Con el fraile que lo guía.
Llegados que fuéron dentro
En la cárcel do yacía,

ROMANCES REFERENTES A LA HISTORIA DE CATALUÑA.

Las rodillas por el suelo,
El buen Conde así decía:
—Yo soy, muy alta señora,
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona conde,
Ciudad de gran nombradía.
Estando en la mia corte
Con solaz y alegría,
Por muy cierta nueva supe
La congoja que tenía
Vuestra real Majestad,
De lo cual yo me dolía,
Y por eso yo partí
A poner por vos la vida.—
La Emperatriz qu'esto oyera
De gozosa no cabía;
Lágrimas de los sus ojos
Por su linda faz vertía;
Tomárale por las manos,
D'esta suerte le decía:
—Bien seáis venido, Conde,
Buena sea vuestra venida:
Vuestra nobleza y valor,
Vuestro esfuerzo y valentía
Ya me hacen ser muy cierta
Que mi honra librerían.
Vuestra vida está segura,
Pues que Dios bien lo sabía
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponía.—
Ya se despide el buen Conde,
Ya las manos le pedía
Para haberlas de besar,
Mas ella no consentía.
Vase para su posada;
Ya qu'el plazo se cumplía,
Armado de todas armas
Bien á punto se ponía,
Y él como era muy discreto
; Oh cuán bien que parecía!
Su escudero iba con él
Bien armado, que salía
En un caballo morcillo
Muy rijoso en demasia.
Yendo por la grande plaza
Con orgullo que traía,
Encontró con un muchacho
Que de vello era mancilla,
En ver que luego murió
Sin remedio de su vida.
L'escudero qu'esto vido,
Con temor que en él había,
Comenzó luego á huir
Cuanto el caballo podía,
Y quedó el Conde solo,
No de esfuerzo y valentía.
Y como era valeroso
No dejó de hacer su vía,
Y puesto entre los jueces
Dijo que él defendería
Ser maldad y traicion,
Ser envidia y ser falsía
La acusacion que le ponen
A su alta Señoría;
Y que salgan uno á uno
Pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo,
Ya el acusador venía
Con trompetas y atabales,
Con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
Cada cual tomó su vía,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacía;
Del acusador la lanza
En piezas volado había
Sin herir á Don Ramon
Ni menearlo de la silla:
Don Ramon á su contrario

De tal encuentro lo hería,
Que del caballo abajo
Derribado lo había.
El Conde, que así lo vido,
Del caballo descendía;
Va para él con denuedo
Donde le quitó la vida.
El otro acusador,
Que vió tanta valentía
En l'extraño caballero,
Gran temor en sí tenía;
Y viendo que falsamente
El acusador hacía,
Demandó misericordia
Y al buen Conde se rendía.
Don Ramon con gran nobleza
D'esta suerte respondía:
—No soy parte, caballero,
Para yo daros la vida,
Pedidla á su Majestad
Que es quien dároslo podía.—
Y preguntó á los jueces
Si mas hacer se debía
Por librar la Emperatriz
De lo que se l'imponía:
Respondieron que la honra
El ganada la tenía,
Que en su libertad estaba
De hacer lo que querría.
Desque aquesto oyera el Conde,
Del palenque se salía:
Vase para su posada,
No reposa hora ni día,
Mas encima de su caballo
Desarmado se salía:
El camino de su tierra
En breve pasado había.
Tornando al Emperador,
Grande fiesta se hacía;
Sacaron la Emperatriz
Con grandísima alegría,
Con los juegos y las fiestas
La ciudad toda se hundía.
Todos iban muy galanes,
Cada cual quien mas podía.
L'Emperador muy contento
Por el vencedor pedía,
Para hacerle aquella honra
Que su bondad merecía.
Desque supo que era ido
Gran dolor en sí tenía;
A la Emperatriz pregunta
Le responda por su vida
Quién era su caballero
Que tan bien la defendía.
Respondiérale:—Señor,
Yo jurado lo tenía;
No decir quién era él
Dentro del tercero día.—
Mas despues de ser pasado
Ante muchos lo decía,
Como era el gran Conde
Flor de la caballería,
Y señor de Cataluña
Y de toda su valía.
El Emperador que lo supo
De contento no cabía
Viendo que tan gran señor
De su honra se dolía.
La Emperatriz determina,
Y el Emperador lo quería,
De partirse para España,
Y así luego se partía
Para ver su caballero
A quien tanto ella debía.
Con trescientos de á caballo
Comenzó de hacer su vía;
Dos cardenales con ella,
Por tenerle compañía;